SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LOS CHORROS DEL ORO

ENTREMÉS

MADRID
1918

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
1979

LOS CHORROS DEL ORO

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1917, by S. y J. Álvarez Quintero.

SEGUNDA EDICIÓN

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LOS CHORROS DEL ORO

ENTREMÉS

Estrenado en el Teatro de Apolo el 8 de Marzo de 1906

MADRID
1918

MADRID.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros 10.—Teléf. J. 430

A JOAQUINA DEL PINO

GALA DE LA RAZA ANDALUZA

SUS ADMIRADORES Y AMIGOS,

LOS AUTORES

721420

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/loschorrosdeloro00lvar

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES	JOAQUINA DEL PINO.
JUAN MANUEL	EMILIO CARRERAS.
JUANITA	PAQUITA NOVO.

LOS CHORROS DEL ORO

Habitación baja en casa de Mercedes, mujer del pueblo no mal acomodada, en Sevilla. Al foro una ventana que da a la calle. A la derecha una puerta y a la izquierda otra. Las paredes blancas y lucientes. El suelo de lositas de dos colores, aljofifado de tal modo, que se pueden comer migas en él. Muebles modestos, pero bien ordenados y muy limpios. Entre ellos una cómoda. En el centro de la habitación una mesita, sobre la que hay un costurero.—Es de día.

Mercedes está asomada a la ventana. Es una mujer que marea de guapa y de limpia.

MERCEDES. ¡Adiós! Ayá va como una palomita... Se come la caye, y no levanta der suelo tanto así. ¡Hija mía, qué presiosa es! Si viviera su padre se le caería la baba mirándola. La puerca e la vesina se ha parao a darle un beso: a vé si le deja la señá... ¿Otro beso? ¡Vamos, güeno está de cariño, señora! Sí, hija mía, sí; hases bien en echá a corré. Y es que no le gusta que la bese nadie. Las tonterías de las mujeres cuando somos niñas. Ya dobló la esquina. *Se retira de la ventana.* Chalá me tiene. Vamos a guardarle er baberito. *Recoge uno que hay sobre una silla, y con gran cuidado lo guarda en un cajón de la cómoda.* ¿Esto es una mancha? No. Pensé... Es descolorido de lavarlo. ¡Ajajá! *Poniendo bien una silla que no está en su sitio.* ¡Jesús! Por donde pasa mi madre arma un terremoto. *Fijándose en la silla.* ¿Le paese a usté? Porvo. *Coge un paño y la limpia y la frota.* Así te

quiero, prenda. Y ahora, a seguí cosiendo estas naguas blancas. *Siéntase a ello junto a la mesita.* Se tarda Juan Manué... Quisá haya estao esperando a vé salí a mi niña. Como le tengo dicho que cuando eya esté aquí no entre... Sí, porque la niña va a hasé en agosto los siete años, pero paese que yeva un viejo en la barriga, según se fija en to. Y no me agrada que note na de esto, mientras yo no me determine. Juan Manué es un buen hombre... y me quiere... Y me hase grasia, esta es la verdá. Porque Juan Manué tiene grasia. ¡Pero es tan adán! ¡es tan susio er grandísimo condenao! Mi madre se dispara cuando ve que yo yevo las cosas adelante. «¿En qué estás pensando, hija mía? Acuérdate de tu marío, que era como los chorros del oro er pobresito, y fíjate después en ese tipo que ahora te pretende; que le teme al agua más que un perro rabioso.» Y es la verdá: es muy susio. No, y eso no: como Juan Manué no se corrija... Porque sobre sé muy susio, es muy desastrao. Yo creo que sí, que se corrige... Muestras va dando de eyo... Er rose conmigo argo ha de podé... Lo que me hase más grasia es lo que se esfuersa er pobre en presentárseme arreglaíto.

Juan Manuel se asoma por la ventana.

JUAN MANUEL. ¿Vive aquí la mujé más bonita der barrio?

MERCEDES. ¿Quién pregunta por eya?

JUAN MANUEL. El hombre más feo de Europa.

MERCEDES. ¿De Europa na más?

JUAN MANUEL. Na más: los chinos son más feos que yo.

MERCEDES. Pos esa mujé no vive aquí.

JUAN MANUEL ¿Que no vive aquí? A mí se me había figurao que estaba yo hablando con eya.

MERCEDES. Viene usté malo de la vista. O no se habrá usté lavao bien los ojos.

JUAN MANUEL. ¿Ya estamos con el agua a pleito? ¡Me los he lavao con aguarrás, pa darle a usté gusto!

MERCEDES. ¡Jesús, con aguarrás! Es preferible el agua clara.

JUAN MANUEL. Güeno: ¿me deja usté que entre a acompañarla un ratito, ya que ha salío la niña?

MERCEDES. Entre usté.

JUAN MANUEL. Abra usté la cansela.

MERCEDES. No es presiso: mi madre está a la puerta e la caye.

JUAN MANUEL. ¿Y está suerta?

MERCEDES. ¡Oiga usté!

JUAN MANUEL. Usté perdone: he querío preguntá si no muerde.

MERCEDES. No muerde, no; pero ándese usté con cuidao.

JUAN MANUEL. Con quien tengo yo que andá con más cuidao que un equilibrista, es con la hija. *Vase de la ventana.*

MERCEDES. Na, que me hase grasia este hombre. Señó, no la tendrá pa nadie, pero pa mí la tiene. Y luego, como también es viudo, y con una niña, como yo... lo que piensa una: paese que está escrito. Bien dise la copla que to cae ensima: tanto criticá yo de la gente desaseá... y miste por donde viene er diablo y lo enreda.

«Nadie diga en este mundo
de este agua no he de bebé,
porque er caminito es largo
y puede apretá la sé...»

Sale Juan Manuel por la puerta de la izquierda.

JUAN MANUEL. ¿Sabe usté lo que me ha dicho su madre?

MERCEDES. ¿Qué le ha dicho?

JUAN MANUEL. Que si tengo paraguas que lo tire.

MERCEDES. ¿Pa qué?

JUAN MANUEL. Pa que me moje siquiera los días que yueva.

MERCEDES. *Riéndose*. Mi madre tiene güenos gorpes.

JUAN MANUEL. Sí, señora; y la hija también; pero la hija y la madre se conose que me han tomao a mí por aseite, que por no está en el agua se va arriba.

MERCEDES. ¿Y no hay na de eso?

JUAN MANUEL. No hay na de eso. Vamos a vé, con imparsialidá: ¿qué tar vengo hoy?

MERCEDES. Desde aquí, mejó que otros días. Asérquese usté un poco más. Pero suerte usté antes er sombrero.

JUAN MANUEL. ¿Ve usté cómo se ersagera un poquiyo? *Deja sobre una silla el sombrero. Mercedes, mientras, ve que trae manchada de yeso la espalda.*

MERCEDES. *Levantándose*. ¡Virgen de las Angustias!

JUAN MANUEL. ¿Qué ocurre?

MERCEDES. ¿Usté se ha visto por la esparda?

JUAN MANUEL. ¡No pueo! ¿Qué traigo por la esparda?

MERCEDES. ¡To er yeso de un tabique!

JUAN MANUEL. ¡Mardita sea mi suerte! Ahora sí tiene usté rasón: es que hoy están en casa de obra, y antes de salí se me orvidó refregarme contra la cama.

MERCEDES. ¡Ave María! ¿De esa manera se sepiya usté?

JUAN MANUEL. La esparda, sí, señora.

MERCEDES. Venga usté acá, hombre, venga usté acá... *Coge un cepillo y lo cepilla con coraje.*

JUAN MANUEL. Cuando digo yo que es usté la mujé que yo nesesito...

MERCEDES. ¡Uf! ¡Lo que suerta! Meresía usté que le vareara la americana sin quitársela.

JUAN MANUEL. ¡Ay! que me hase usté cosquiyas, Mersedes.

MERCEDES. Y vaya una manchita que tiene usté aquí en el hombro.

JUAN MANUEL. ¿En el hombro? Del hombro pa atrás no pueo respondé, porque no me fijo; pero por delante, lo que es hoy no me encuentra usté a mí ni una mancha.

MERCEDES. ¿No?

JUAN MANUEL. No.

MERCEDES. *Señalándolas.* Una... dos... tres... cuatro... sinco... seis... siete... ocho...

JUAN MANUEL. ¡Caray, no siga usté! ¡Miste que es lo grande! En mi casa no me veo ni una sola; sargo ar só y me veo dos o tres, y yego aquí, y na más que piso er cuarto este, ya estoy plagaíto.

MERCEDES. Sí, ¿eh? Pos las mismas que tiene usté aquí, tenía usté en su casa. ¡Que así andará eya! Y que las hay de tos colores. Dise mi madre que se prensa un traje de usté y sale un tinte.

JUAN MANUEL. No, si ya sabemos que la mamá tiene mucha grasia. Pero comprenda usté, Mersedes, que un pobre cajista de imprenta, que está to er día metío en tinta, como los calamares, y que está cuidao por una cuñá — ¡mar tiro le peguen! — y por una niña de este arto, no pué vení aquí como pa ponerlo en un escaparate. Además, usté no se ocupa más que de criticá y de sacarle a uno los colores, y cuando uno hase un esfuerso pa que usté lo estime, usté no lo estima. Toavía no me ha dicho usté na de la corbata.

MERCEDES. *Reparando en que no trae puesta ninguna.* ¿De qué corbata?

JUAN MANUEL. *Llevándose la mano al sitio.* ¡Ay qué grasiosa! ¡De ésta!

MERCEDES. De ésa, ¿eh?

JUAN MANUEL. ¿Le paese a usté si es sino? Hay días en que ar salí de casa debía uno pisá una cáscara de melón y estreyarse contra las piedras. *Saca la corbata del bolsillo.* Miste dónde la traigo.

MERCEDES. ¿Qué más da?

JUAN MANUEL. Pero, güeno: ¿la corbata es de gusto o no es de gusto, que es aquí lo que se discute?

MERCEDES. Le diré a usté: pa aliñarla, no es fea.

JUAN MANUEL. ¿Conque pa aliñarla? ¿No le gusta a usté la corbatita?

MERCEDES. Como escarola, sí.

JUAN MANUEL. ¡Se acabó!

MERCEDES. ¿Qué va usté a hasé con eya?

JUAN MANUEL. ¡A tirarla a la caye! Yo sé que er que se la ponga se luse; pero a usté no le ha agradao, y eso basta. ¡La tiro! *La tira por la ventana, en efecto.*

MERCEDES. ¿Es que piensa usté tirá to lo que no me agrade a mí?

JUAN MANUEL. ¡Ni más ni menos!

MERCEDES. Pos entonses suba usté arriba y tírese usté por er barcón. *Vuelve a sentarse.*

JUAN MANUEL. Eso no me lo diga usté ni en broma.

MERCEDES. Pero ¿cómo vi yo a haserle cara a un hombre que ca día que pasa está más desastrao y más susio?

JUAN MANUEL. ¡No, que vi a está más limpio ca día! ¡Qué cosas tiene usté! ¡Si uno no vive en un faná, señora! ¡Miste las estatuas: hasta jaramagos les salen!

MERCEDES. ¿Es desí, que usté hasta que no le sargan jaramagos no está contento?

JUAN MANUEL. Yo no estoy contento mientras usté no se desida a quererme. *Se sienta al lado de ella.*

MERCEDES. Pos largo le va. El hombre que a mí me yeve otra vez a la iglesia, ha de hayarse en el agua tan a gusto como a la vera mía.

JUAN MANUEL. ¡Por vía e Dios! ¿Su difunto de usté era un sarmonete?

MERCEDES. Mi difunto era un hombre que daba gloria de mirarlo: limpio, colorao, escamondao...

JUAN MANUEL. Y engüerto en harina, sí, señora; lo estoy viendo en una freiduría.

MERCEDES. O se caya usté, o tenemos un dijusto serio.

JUAN MANUEL. No lo tome usté así: er mismo respeto que le guarde usté a su difunto, le guardo yo.

MERCEDES. Pos mucho ojo con lo que se habla.

JUAN MANUEL. Y si se quié usté desquitá, métase usté con mi difunta, y yo la acompaño.

MERCEDES. Creo que era pa el avío.

JUAN MANUEL. ¡Pa viví con usté!

MERCEDES. Muy mujé de su casa... muy consertaíta...

JUAN MANUEL. ¡Sí!

MERCEDES. A mí me han contao que argunos días se encontraba usté las botas en el aparadó.

JUAN MANUEL. No tanto, no tanto. No hay que ponderá. La sopera ensima de la cama sí que me la encontré muchas veses.

MERCEDES. ¿Y su cuñá de usté, la hermana de eya, es lo mismo?

JUAN MANUEL. Es peó.

MERCEDES. Disen que le da por la iglesia.

JUAN MANUEL. Demasiao. Pa mí que parará en un convento.

MERCEDES. ¿Que parará?

JUAN MANUEL. Que parará, sí; que parará. No creo que haya errata.

MERCEDES. ¡Vaya una diversión de familia!

JUAN MANUEL. Por eso busco otra, Mersedes... porque pienso en mi hija, que ca día nesesita más quien la acompañe; porque pienso en mí, que estoy más solo que un sereno. *Viendo que Mercedes se prende una aguja en el pecho.* Cuidao, no se pinche usté con esa aguja.

MERCEDES. Descuide usté, que no me pincho.

JUAN MANUEL. ¿Hay argodón?

MERCEDES. No hay argodón.

JUAN MANUEL. Pos argo hay.

MERCEDES. Argo, sí; pero argodón, no. Siga usté con lo que iba disiendo.

JUAN MANUEL. Si es lo mismo que le he dicho a usté veintisinco veses: que yo no vivo más que pa este ratito que los domingos paso con usté; que me tiene usté que me van a echá de la imprenta, porque desde que la conozco lo pongo to con armirasiones, hasta las preguntas; que ni como, ni bebo, ni duermo, ni... ¿Cómo dise aqueya copliya que usté canta tanto?

MERCEDES. ¿Cuá?

JUAN MANUEL. Aqueya de...

Ni como ni duermo, niña...

MERCEDES. Ah, ya.

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí...

JUAN MANUEL. No, no; pero cantá, cantá es como yo la quiero.

MERCEDES. ¡Vamos, hombre!

JUAN MANUEL. Ande usté, Mersedes, ya que ha salío la conversasión.

MERCEDES. *Cantando.*

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí,
que no me arcansan las horas
más que pa pensar en ti.

JUAN MANUEL. *Tirando el cigarro contra el suelo, en un arrebato de admiración.* ¡Ole con ole!

MERCEDES. ¡Coja usté ese sigarro ahora mismo, so puerco!

JUAN MANUEL. Perdone usté, Mersedes; no me he dao cuenta de lo que hasía. *Lo recoge, y no sabiendo donde echarlo, se lo va a guardar en un bolsillo.*

MERCEDES. ¿Pero va usté a guardárselo, hombre?

JUAN MANUEL. ¿Me lo vi a comé?

MERCEDES. ¡Tírelo usté a la caye, señó! Mañana compro un senisero.

JUAN MANUEL. *Después de tirar a la calle el cigarro.* ¿Su difunto de usté no fumaba?

MERCEDES. No, señó.

JUAN MANUEL. Mi difunta, sí. *Se acerca a ella, y le canta muy mal lo que ella ha cantado muy bien.*

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí...

MERCEDES. ¡Cáyese usté, por Dios! ¡Jesús qué oído!

JUAN MANUEL. Sí que es malo. *Vuelve a sentarse.*

MERCEDES. ¿Conque ni come usté ni duerme desde que la conosió?... ¿Y por quién va eso, Juan Manué?

JUAN MANUEL. ¿Que por quién va eso?... ¿Quiere usté que le regale el oído?

MERCEDES. ¡No! ¡El oído, no! ¡Ni regalao lo quiero! ¡Quéese usté con é!

JUAN MANUEL. *Cogiéndole una mano entusiasma-*

do. ¡Bendita sea!... ¡Tiene usté grasia pa poné un puesto!

MERCEDES. ¡Suerte usté, grandísimo adán! ¿Se atreve usté a cogé una mano mía con esas manos?

JUAN MANUEL. Las de usté están más limpias, es verdá. Mañana me pongo unos guantes.

MERCEDES. Hombre, no; mañana se las lava usté con jabón, y por argo se empiesa.

JUAN MANUEL. Mañana, y pasao, y toa la vida haré yo lo que a usté se le antoje. Imitaré a mi niña, que me trae loco con la de usté.

MERCEDES. ¿Con la mía?

JUAN MANUEL. Sí, señora; como er domingo pasao no vine, no hemos hablao de esto. Usté sabe que la he puesto en la misma academia.

MERCEDES. Sí.

JUAN MANUEL. Pos güeno: le ha dao a la mía por copiá a la de usté: se ha enamorao de eya. Y no yeva su niña de usté unos carsetines, o unas botas, o un vestío, o un laso, o un babero, que no venga mi Juanita a desirme: «Papá, la niña de la trensa rubia—que es como le yama—se ha comprao esto y esto: cómpramelo tú a mí.»

MERCEDES. ¡Angelito!

JUAN MANUEL. Y yo, ¡claro! ¿qué he de hasé más que complaserla? Y está la chiquiya que es un carco e la otra. Le arvierto a usté que ni que fuean gemelas: de formalidá.

MERCEDES. Me la tiene usté que traé un día pa que la conozca.

JUAN MANUEL. ¡Ya lo creo! Usté va a sé su madre... Y lo más grasioso de to esto...

Preséntase de improviso Juanita, por la puerta de la izquierda, llamando a su padre. Viene la infeliz que da pena verla: desgreñada, sucias la cara y las manos, las medias caídas, el vestidillo manchado y roto.

JUANITA. ¡Papá! ¿Está aquí mi papá?

El papá quisiera que la tierra se lo tragase.

MERCEDES. *Levantándose.* ¿Qué dises, niña? ¿Quién es tu papá?

JUANITA. Éste.

MERCEDES. *Con asombro e indignación.* ¿Éste?

JUANITA. Sí, señora. Papá, tu compadre Arturo está en casa esperándote.

JUAN MANUEL. *Desconcertado.* ¿Está en casa, eh? ¿No lo ha cogío un tranvía ni na?

Mercedes se va derecha a él, decidida a todo, y él le huye.

MERCEDES. ¡Sinvergüensa! ¡granuja! ¡charrán! ¡embustero! ¡Venga usté, que le saque los ojos!

JUAN MANUEL. Los ojos, no, Mersedes: ¿con qué iba yo a mirarla a usté entonses?

MERCEDES. ¡A mí no me tiene usté que mirá más en su vida, cara de mico! ¿Conque ésta era er carco? ¿Conque ésta era er remeo de mi niña? ¡Vamos, eche usté a corré ya si no quiere morí a mis manos! ¡Trapalón! ¡mal hombre! ¿Y dise usté que me quiere a mí, y tiene de esta manera a su hija? ¡Si estoy por llamá a un munisipá pa que lo yeve a usté a la carse! ¡No hable usté! ¡No se defienda usté, que es peó! ¡Esto es un crimen! ¡esto es una infamia! ¡No paga usté ni frito! ¡Pobresita! Pero ¿usté no ve que le quita salú, que le quita alegría, que le quita cariño de to er que la mire, porque no tiene un sitio pa darle un beso? Y es bonita la pobre, que da más lástima todavía... ¡Váyase usté, váyase usté de mi casa ya, que hasta hoy no he visto yo bien claro lo retesusio, lo retepuerco, lo retemalo, lo retefeo y lo reteantipático que es usté!

JUAN MANUEL. Mersedes... que se me van a sartá las lágrimas... y no traigo pañuelo.

MERCEDES. ¡Váyase usté, hombre, váyase usté y

no pase por esta caye como no sea en carnavá, que yo no lo conozca!

JUAN MANUEL. Mersedes...

MERCEDES. ¡Váyase usté, le digo!

JUAN MANUEL. Ya me voy... Niña...

MERCEDES. No; ésta se queda aquí un ratito.

JUAN MANUEL. ¿Que se queda aquí?

MERCEDES. Sí, señó.

JUAN MANUEL. ¿Qué va usté a hasé con eya?

MERCEDES. A ponerla como su madre la parió; a echarle ensima toa el agua que le hase farta ar padre; a fregarla; a dejarle er cuerpesito como una rosa; a vestirla luego con ropita limpia de mi hija; a peinarla, a carsarla, a darle después cuatro besos muy apretaos, y a mandársela a usté pa que se entere de lo que es un carco de mi Carmen; por supuesto, con orden de que no se aserque a usté hasta que no esté limpio. ¡Y ya tiene usté penitensia!

JUAN MANUEL. *Afligido.* Mersedes... yo soy un esclavo de usté. Dios le pague a usté lo que va a hasé con mi niña. Cuando usté quiera, hase lo mismo con er padre.

MERCEDES. Güeno, güeno; a la caye ahora. Ya sabe usté cómo a mí me gusta la gente.

JUAN MANUEL. Ya lo sé; y bien meresío tengo este castigo y este bochorno. Mientras que no me saque briyo, no güervo a vení. Palabra. Cómprese usté unas gafas negras pa que cuando me vea no le lastime er resplandó. Y luego nos casamos, y la luna de mié la vamos a pasá a la oriya der río. Y ayí coge usté una piedra y me la tira al agua, y yo me echo al agua por eya y la saco en la boca. ¡Sí, porque estoy convensío de que como no me güerva perro de agua, usté no me hase caso! Güenas tardes. *Se va.*

MERCEDES. Vaya usté con Dios. *A la niña.* Y tú no te asustes, hija mía. Yo tengo una niña como tú,

y quiero que te parezcas a eya, pa darle una lersión a tu padre, que es un embustero. Entra ahí, que pa ayá voy yo.

Vase Juanita por la puerta de la derecha.

JUAN MANUEL. *Asomándose por la ventana.* ¿Sabe usté lo que me ha dicho su mamaíta?

MERCEDES. ¿Qué?

JUAN MANUEL. Que al amanesé pasa er carro e la basura. ¡Por si yevaba poco! ¡Mardita sea!... *Vase.*

MERCEDES. Si de esta no se enmienda... es hombre al agua. Que es lo que yo querría.

Al público.

Es pa er cuerpo y pa la cara
el agua clara un tesoro,
der que siempre he sío avara...
¡Dios bendiga el agua clara!
¡Vivan los chorros del oro!

FIN

Madrid, febrero, 1906.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto. Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en e botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madria.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

La mujer española, *una conferencia y aos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol. *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.— Heath's Modern Language Series.—Boston New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*). — La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Iettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Ch mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*), por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por JOAO SOLER.
Marianela, por ALICE PESTANA.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

UNA PESETA